

EL ATEÍSMO: UNA VISIÓN REDUCTIVA DEL HOMBRE (Junio 1991)

Mucho podría escribirse acerca de la última gran carta encíclica del Papa Juan Pablo II que trata sobre lo que se ha venido llamando desde hace decenios «la cuestión social»; nos detendremos, sin embargo, en su enseñanza sobre el ateísmo.

Al considerar la obra presente del mundo, los grandes cambios ocurridos en Europa y avizorar el futuro con sabiduría y profundidad, el Santo Padre se refiere al influjo del ateísmo en los problemas que llevaron a su fin a los sistemas socialistas de Europa oriental.

El Papa nos presenta una honda reflexión, avalada por su experiencia personal, sobre los factores de esa crisis que no fue provocada solamente por una desacertada gestión económica o un mal manejo de la política, sino además por los condicionamientos antropológicos propios de la filosofía marxista que sustentaba ideológicamente a aquellos sistemas.

Para el marxismo que hemos conocido en los países de Europa del Este, el hombre es un ser cerrado a la Trascendencia, es decir, pensado sin referencia a nada eterno, sin relación última o primera con Dios, porque la no existencia de Dios es un postulado de aquella filosofía.

Pero ¿puede un presupuesto de índole teórico incidir tanto en el decursar de la historia reciente y concreta de los pueblos?, ¿no será un reclamo exagerado del hombre de fe el considerar como medular lo que fue estimado recientemente por algunos marxistas como una afirmación más bien ocasional y no indispensable a aquella filosofía y su praxis?

«No es posible comprender al hombre, considerándolo unilateralmente a partir del sector de la economía, ni es posible definirlo simplemente tomando como base su pertenencia a una clase social. Al hombre se le comprende de manera más exhaustiva si es visto en la esfera de la cultura a través de la lengua, la historia y las actitudes que asume ante los acontecimientos fundamentales de la existencia, como son nacer, amar, trabajar, morir. El punto central de toda cultura lo ocupa la actitud que el hombre asume ante el misterio más grande: el misterio de Dios. Las culturas de las diversas naciones son, en el fondo, otras tantas maneras diversas de plantear la pregunta acerca del sentido de la existencia personal. Cuando esta pregunta es eliminada, se corrompen la cultura y la vida moral de las naciones...» «La verdadera causa... es el vacío espiritual provocado por el ateísmo, el cual ha dejado sin orientación a las jóvenes generaciones y en no pocos casos las ha inducido, en la insoslayable búsqueda de la propia identidad y del sentido de la vida, a descubrir las raíces religiosas de la cultura de sus naciones y la persona misma de Cristo, como respuesta existencialmente adecuada al deseo de bien, de verdad y de vida que hay en el corazón de todo hombre» (C. A. 24).

«Precisamente en la respuesta a la llamada de Dios, implícita en el ser de las cosas, es donde el hombre se hace consciente de su trascendente dignidad. Todo hombre ha de dar esta respuesta, en la que consiste el culmen de su humanidad y que ningún mecanismo social o sujeto colectivo puede sustituir. La negación de Dios priva de su fundamento a la persona y, consiguientemente, la induce a organizar el orden social prescindiendo de la dignidad y responsabilidad de la persona.

El ateísmo del que aquí se habla tiene estrecha relación con el racionalismo iluminista, que concibe la realidad humana y social del hombre de manera mecanicista. Se niega de este modo la intuición última acerca de la verdadera grandeza del hombre, su trascendencia respecto al mundo material, la contradicción que él siente en su corazón entre el deseo de una plenitud de bien y la propia incapacidad para conseguirlo y, sobre todo, la necesidad de salvación que de ahí se deriva» (C. A. 13).

Como se ve, el Papa Juan Pablo II concluye, como lo intuyó claramente su predecesor León XIII, que el ateísmo no es accidental al marxismo, sino que tiene mucho que ver con su concepción del hombre y de la historia y con los métodos que ha utilizado para tratar de transformar las sociedades donde se implantó como sistema. Visto así, después de las experiencias históricas concretas, el enfoque acertado del Santo Padre pone más en claro los esfuerzos y luchas de la Iglesia en tantos lugares y a través de tantos años para poner en guardia a sus fieles contra los peligros de las ideologías que incluyen el ateísmo en sus postulados principales y las dificultades y sufrimientos de los creyentes cristianos y de otros credos en los países donde estas ideologías han guiado la organización de la sociedad.

Esta seria y documentada enseñanza del Papa Juan Pablo II puede ser de gran utilidad para cuantos estiman que el ateísmo debe ser desechado como parte del presupuesto filosófico obligatorio del pensamiento político moderno. Creo que también puede ser útil entre nosotros.

Con mi bendición.